



QUÉ ES UNA PASTORAL DE ETNIAS DIFERENTES Y EN QUÉ RAZONES SE APOYA

Fotos: Dianne Rodríguez Montaña



Gonzalo M. de la Torre Guerrero



FOTO. Etnias de la Costa Pacífica caucana

Gonzalo M. de la Torre Guerrero. Teólogo y Magister en Biblia del Instituto Bíblico Franciscano de Jerusalén. Autor de diversos módulos de Teología y de Hermenéutica Bíblica del Centro Camino. Profesor de Sagradas Escrituras de la FUCLA.



Entendemos por “Pastoral de Etnias Diferentes” la atención particular socio-religiosa que recibe un grupo étnico, a partir de su propia especificidad: su historia, su cultura, su mundo simbólico interior y sus expresiones externas culturales, a través de las cuales cada etnia establece un tipo de relaciones propias, diferentes, en su entorno. Son etnias “diferentes” en relación a la etnia dominante, a la cual le suele costar dar validez o reconocimiento a las otras etnias con las cuales convive, y que se encuentran casi siempre en situación de marginación, cuando no de exclusión. A veces se les suele llamar “minorías étnicas”, no en cuanto constituyan un número reducido, sino en cuanto reciben un trato de grupo minoritario, sin poder, muy diferente al trato de la etnia dominante, que se presenta como “mayoritaria”, como dominante...

Creemos que una Pastoral de “Etnias diferentes” o de “Minorías étnicas” es un valor para toda diócesis, pues ella es la mejor demostración de que en los más pequeños y más empobrecidos seguimos viendo a Jesús, quien en ellos tiene hambre, tiene sed, está desnudo, es emigrante o desplazado, está enfermo y encarcelado... (cf. Mt 25,34-40).

1. PRIMERA RAZÓN QUE JUSTIFICA LA PASTORAL DE ETNIAS DIFERENTES: TODA ETNIA MARGINADA PERTENECE A LOS POBRES DE YAHVÉH

1.1 Planteamiento:

Si Jesús coloca al pobre como sujeto primario de su evangelización, nosotros debemos hacer lo mismo. Si los sujetos más pobres de nuestras diócesis son los grupos minoritarios étnicos (las comunidades indígenas, las comunidades



negras campesinas y los grupos negros marginados de nuestra capital), estos grupos merecen nuestra atención primaria. Todo lo demás debe girar en torno a ellos, como bien lo expresa Pablo en el símil del cuerpo: “si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros” (1 Cor 12,26).

1.2 Algunos textos bíblicos:

San Pablo nos dice, en Fil 2,6-8: “Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz”... Este texto habla de Jesús y no de los pobres. Sin embargo, está cargado de referencias al pobre, ya que Jesús, al encarnarse, no escoge una forma indeterminada de ser hombre, sino una forma bien concreta: hombre pobre, siervo de los pobres, definido por su causa hasta entregar la vida. Veamos si no: Jesús, al asumir la condición humana, no quiso presentarse con ventajas sobre los demás hombres (v.6); no empleó el poder de la divinidad en provecho propio (v.7); se decidió por los oprimidos, haciéndose uno de ellos, dando su vida por su causa y la de la justicia (vv. 7 y 8).

- Lc 6,20 nos dice: “Bienaventurados ustedes los pobres, porque suyo es el Reino de Dios”... Esto significa que Jesús define a los pobres como los integrantes de su Reino.

- Mt 5,3 nos dice: “Bienaventurados los que eligen ser pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos”... Aquí Jesús enfrenta a sus discípulos con la exigente realidad del Reino, que pide una opción en favor de la causa de los pobres.

- Mt 11,2-5 nos dice: “Juan Bautista... envió a sus discípulos a preguntarle a Jesús: ¿Eres tú el que ha de venir?... Jesús les respondió: Vayan y cuéntenle a Juan lo que ustedes oyen y ven... Se está anunciando a los pobres la Buena Nueva”... Jesús probó que él era el mesías genuino gracias al trabajo que estaba realizando entre los pobres. El carnet o reconocimiento como Mesías se lo da el trabajo con los más débiles.

- Lc 4,16-19: “Jesús se levantó para hacer la lectura... Y halló el pasaje donde estaba escrito: El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva”... Me ha enviado a dar la libertad a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor”... A partir de este texto, la



razón de ser de la encarnación de Jesús es la evangelización de los pobres. Así mismo, en este texto Jesús enfrenta a los pobres con la gran responsabilidad de conseguir la anhelada nivelación social, la concreta hermandad solidaria que ofrecía el antiguo Año Jubilar.

1.3 Deducciones:

a) El pobre es sujeto primario de la evangelización.

Una cosa queda clara: Jesús señala al pobre como sujeto primario de la evangelización. Todo aquel que no lo sea debe decidirse por esta causa, si quiere pertenecer al Reinado de Dios. Al “Bienaventurados los que abrazan la causa de los pobres” de Mt 5,3 podemos añadir el “ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres” de Mc 10,21 y Mt 19,21 y Lc 18,22. Cuando queremos hacer lo mismo que Jesús hizo, nos encontramos que los grupos humanos más empobrecidos en nuestra América Latina y en nuestro Chocó son los grupos minoritarios indígenas y negros. En éstos la pobreza ha llegado a ser miseria, arrinconamiento, desconocimiento social, carencia de derechos, destrucción y saqueo de su medio ambiente, rapiña de su tierra y, por lo mismo, amenaza de muerte para su cultura.

b) Qué significa ser sujeto primario de evangelización.

Debemos tomar en serio lo que quiere decir ser sujeto primario de la evangelización. Significa que sólo se evangeliza si, desde la atención al grupo empobrecido (indígena, negro campesino, negro de los suburbios), se realiza todo lo demás; significa que el grupo o etnia minoritaria despojada de derechos, precisamente por ser minoría, por carecer de poder político, pasa a ser escuchado, atendido, incorporado de tal forma que el rostro de la iglesia local sea el mismo rostro de los empobrecidos, sin negarles sus respectivos colores de piel, que les han causado tanta humillación, tanta segregación y tantos calificativos racistas. Significa que la iglesia local, la pequeña iglesia de la cabecera de un río, del caserío de una orilla, o del barrio más alejado va a expresarse en la cultura del grupo que la conforma; significa que va a celebrar los hechos de liberación que estos grupos consideran como suyos, así sean los modestos y no muy ortodoxos acontecimientos populares; significa también que los esquemas simbólicos del indígena y del afrodescendiente pasan a ser la fuente permanente donde la pastoral y la teología beben sus expresiones simbólicas. Nuestra iglesia local debería ser así, lo repetimos, sencillamente porque Jesús hizo suya la causa de los pobres; y pobres genuinos son los indígenas y afrodescendientes de esta región



selvática y marginada de Colombia, como los indígenas y afrodescendientes de los barrios marginados de las grandes ciudades de Colombia.

2. SEGUNDA RAZÓN QUE JUSTIFICA LA PASTORAL DE MINORÍAS ÉTNICAS: LA RAZÓN DE SER DE LA IGLESIA PARTICULAR Y LOCAL

2.1 Planteamiento:

Si la iglesia local toma su definición desde su realidad de ser una porción del pueblo de Dios en un contexto socio-cultural concreto, la pastoral de nuestras iglesias locales de Quibdó necesariamente debe responder al contexto socio-cultural de las etnias que aún cuantitativamente la configuran. (Por ejemplo, la iglesia local de Quibdó cuenta con un 10% de indígenas, un 10% de mestizos y un 80% de afrodescendientes). Las grandes ciudades de Colombia en este momento tienen también una cantidad notable de miembros de etnias minoritarias (indígena o afrodescendiente) que ya han hecho parte de su respectiva realidad urbana. Estos pequeños y marginados grupos étnicos de las grandes ciudades son los más necesitados de una atención específica. Ellos son una porción también específica de la iglesia local.

2.2 La razón de ser de las iglesias locales

Cuando examinamos el panorama de la iglesia universal, vemos que está conformado por miles de pequeñas unidades, cada una de las cuales abarca una porción determinada del pueblo de Dios, dentro de un contexto cultural propio, en el cual se encarna o inserta dicha iglesia particular o local (cfr. Concilio Vat. II, L.G. nn. 13 y 23; Puebla, 645).

Aunque pueda existir alguna razón de tipo administrativo para la existencia de muchas iglesias locales, la verdadera razón, la que está en el fondo de los orígenes de la iglesia, es la necesidad de dar respuesta a la especificidad de los diferentes grupos humanos que van aceptando la fe en Jesús, como la mejor explicación de la fe en el Dios que los ha acompañado en su historia. La narración del acontecimiento de Pentecostés nos lo pone de manifiesto: aparecen alrededor de 15 comunidades representadas (habitantes de Partia, Media, Elam, Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia, Roma, Creta, Arabia...) (cfr. Hch 2,8-11), todas ellas con territorio, con lengua, con historia y cultura diferentes. Y todas se sienten, en ese momento, atendidas por el Espíritu y unidas por su fuerza.



Sin duda que la principal tarea de los apóstoles era la de ir configurándolas como iglesias, haciendo en ellas lo que el Nuevo Testamento dice que se hacía en otras iglesias: darle acogida, trato fraternal igualitario, autonomía, e imponiendo las manos a nativos, para que ellos estuvieran al frente de cada una de ellas, o para que en ellas ejercieran la riqueza de sus propios carismas (cfr. Hch 6,6; 13,3; 1 Tm 4,14; 5,22; 2 Tm 1,6).

2.3 Las iglesias primitivas y la diversidad cultural

Uno de los problemas para los primeros apóstoles y, desde luego para la primera comunidad cristiana israelita, fue su ser cultural judío, al cual le repugnaba entrar en relación con otras culturas, en razón principalmente de sus principios religiosos. La polémica del libro de los Hechos de los Apóstoles (15,1 ss.) nos lo recuerda, cuando la necesidad de desjudaizar al cristianismo naciente se convierte en el primer conflicto interno de la iglesia. Sólo la sensatez, respaldada por la fuerza del Espíritu, logró que una cultura no se impusiera sobre la otra: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros no imponeros más cargas”... (Hch 15,28).

a) La tentación del judeo-cristianismo de imponer su cultura.

El papel que quiso jugar el judeo-cristianismo fue el de una auténtica cultura hegemónica. Recordemos el episodio de Pedro en Jope. Cuando se confronta con la cultura así llamada “gentil” (= gente de otra etnia), y la voz del Señor le dice que participe de ella, Pedro responde: “De ninguna manera, Señor, que nunca jamás he comido cosa profana inmunda” (Hch 10,14). Esta es la respuesta de quien se siente dueño de lo sagrado, de lo puro; es la reacción de quien descalifica al que no es de su cultura como lo perteneciente al reino de la inmundicia. Sin embargo, la voz del Señor se impone, corrige y clarifica: “Lo que Dios limpió, tú no lo vuelvas inmundo” (Hch 10,15). Tanto a Pedro, como a todos los que nos atrevemos a rechazar otra cultura, se nos olvida la presencia original de Dios en toda su creación, que prohíben creer que un grupo sea superior a otro: “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien” (Gn 1,31). Todo ser humano, todo grupo humano, por distinto y pobre que sea en relación al grupo dominante, tiene ante Dios una razón básica de bondad, de limpieza original.

b) La conversión apostólica de Pedro.

Pero, ahondemos un poco más en el episodio de Pedro, judío y cristiano, frente a Cornelio y su grupo romano (Hch 10), y en los estragos que ocasiona juzgar



a otros, creyéndose cultura superior. Cuando Pedro, judeo-cristiano, llega a la casa de Cornelio, centurión romano, éste cae postrado a sus pies. Y este es el comentario del texto sagrado: “Pedro lo levantó diciéndole: levántate, que también yo soy un hombre... Ustedes saben que es ilegal para un judío juntarse con alguien de otra raza o entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o inmundo a ningún ser humano” (Hch 10,26-28).

c) Consecuencias de la conversión apostólica de Pedro.

1º. No a la demonización de las otras culturas. En primer lugar, justifiquemos la traducción que hemos hecho, al decir que los judíos tenían prohibido juntarse con “alguien de otra raza”. La palabra del texto griego original es “allóphulo” de “allos” = otro + “phulon” = raza, cultura. Ordinariamente se traduce por “extranjero”; pero preferimos salvar la fuerza de la raíz original, traduciendo “gente de otra raza”, en lo cual está comprendido el forastero. Por lo demás, el texto sagrado no tiene inconveniente en enfrentar la tradición cultural judía, atada a normas y preceptos, con la cultura romana, más suelta y libre frente a las leyes religiosas. La calificación negativa que se da a la cultura diferente a la propia, no tiene respaldo de Dios. Eso es creación del fanatismo y de los intereses de los seres humanos; somos nosotros quienes “manchamos”, “demonizamos” lo que de suyo está limpio. Son nuestros intereses los que descalifican a las otras culturas, a los otros grupos. Y esto nunca puede ser querido o aprobado por Dios. Las nuevas iglesias locales del Nuevo Testamento supieron enfrentar y resolver este problema.

2º. La propia cultura no es superior a la del otro. Cuando la persona está convertida o se encuentra en camino de serlo, llega a las mismas conclusiones que Pedro, frente al otro grupo cultural, así sea éste un grupo minoritario: “También yo soy un hombre como tú” (Hch 10,26). Esta es la actitud más correcta: ni superioridad, ni inferioridad. Quizás en nuestro inconsciente colectivo aún permanezca la pregunta que ciertamente se hicieron nuestros antepasados frente al indígena y el afrodescendiente: “¿Será que éstos también son humanos como nosotros?” La historia de la teología de los siglos XVI y XVII dan testimonio de ello. Y todavía en pleno siglo XXI, se oyen expresiones como éstas: “cholo salvaje” y “negro asqueroso”, muy cercana a la “hombre inmundo” que acabamos de ver en el libro de los Hechos de los Apóstoles (10,28).



3°. *Toda iglesia local tiene una obligación frente a las culturas minoritarias.* La lección básica del cristianismo de que “ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o inmundo a ningún ser humano” (Hch 10,28), todavía está por aprenderse, después de veinte siglos. Por eso seguimos desconociendo, en la práctica, la verdadera razón de ser una iglesia local: hacer que hasta las menores porciones del pueblo de Dios muestren con orgullo el rostro del Padre que las ha inhabitado y que ahora, con la fuerza del Espíritu y la presencia de Jesús resucitado, aparece renovada, ya que en Jesús el Padre revela cuál es su voluntad respecto de ella, y en Jesús las trata como a hijas suyas, y en Jesús les devuelve la plenitud de la esperanza, y en Jesús les confirma los derechos aún no disfrutados.

4°. *Toda iglesia local tiene potestad para atender a las culturas* que la configuran. Es por eso que una iglesia local recibe directamente el don del Espíritu, para que ella sea, con la libertad de los hijos de Dios, esa porción de pueblo que la configura y no una estructura colonizadora. Es por eso que la teología conciliar nos recuerda que una iglesia local no es una sucursal de Roma y su obispo un vicario del Papa, sino que “goza de potestad propia para el bien de sus propios fieles, incluso para el bien de toda la iglesia”... (L. G. 22). Lo repetimos: lo que está en la raíz de toda esta teología es el bien de una porción del pueblo de Dios, así esta porción esté abandonada u oprimida, o rechazada, en razón de su historia como etnia minoritaria.

5°. *La iglesia local es una mediación de liberación para las culturas minoritarias.* La iglesia local, en este caso, aparece como una posibilidad de liberación, siempre que ella haga de los grupos minoritarios un verdadero sujeto de evangelización. Y esto sólo se consigue cuando un grupo humano es aceptado con todas las consecuencias de su historia y su cultura. Cada iglesia local debe hacer su propio discernimiento y concretar cuáles deben ser los sujetos primarios de su evangelización. Cuando una iglesia local señala y configura como sujetos primarios a los pobres, y entre ellos a los indígenas, a los negros del campo y a los negros marginados de la capital, es entonces cuando trata de cumplir con su propia razón de ser iglesia local: hacer que estas porciones del pueblo de Dios, no reconocidas, sean iglesia y así su historia y su cultura enriquezcan a la iglesia universal.



3. TERCERA RAZÓN: EL IMPERATIVO DEL EVANGELIO Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU

3.1 Planteamiento:

Así como el Evangelio de Jesús exige un amor universal hacia todos los hombres y todos los grupos humanos y respeta sus culturas, y así como el Espíritu frente a las personas y los grupos de cultura diferente a la judía, rompe con todos los protocolos, con ciertos principios teológicos y con la lógica humana, así mismo nuestra iglesia local, frente a los grupos minoritarios que la configuran, debe establecer sin complejos una verdadera pastoral de minorías étnicas que responda a su realidad, que vaya más allá de los prejuicios y acusaciones que aún existen y que esté acorde con las opciones pastorales en favor de los pobres y de las culturas.

3.2 Ahondando en la hermenéutica del relato de Cornelio (Hch 10,1-48)

El libro de los Hechos de los Apóstoles nos da nuevas luces para la justificación de una pastoral de minorías étnicas; sobre todo el capítulo 10, con su relato cumbre en la estructura teológica del libro y en la teología pastoral de la iglesia primitiva.

a) *Inmundicias, ilegalidades y prohibiciones...*

Sin que nos metamos todavía a analizar sus causas, notemos estas expresiones ligadas al pensamiento judío de Pedro:

- 1^a Él habla de la “inmundicia” del otro (cfr. Hch 10,14; 10,15; 10,22). La raíz filológica o palabra original con la que juega el texto es “*kátharos*” = lo puro, lo limpio y, por contraste “*akátharton*” = lo impuro, lo sucio, lo inundo.
- 2^a También habla Pedro de la “ilegalidad” del otro. El texto nos decía: “Es ilegal para un judío” las relaciones con alguien de otra raza (Hch 10,28). La palabra que está en el texto original griego es “*athémiton*” que viene de “*Themis*” = ley, + el sufijo “a” que es privativo. Al pie de la letra, el texto nos diría: “Ustedes saben cómo es de ilegal” que un judío se relaciones con alguien de otra etnia.
- 3^a En tercer lugar, Pedro señala una primera prohibición, la de “entrar en relación con el otro”, que en griego se dice “*kol-láomai*” = juntarse. Y
- 4^a Pedro señala una segunda prohibición, la de “entrar en la casa del otro”, que en griego se dice “*pros-érjomai*” = ir a donde el otro, ir a donde el otro habita.



Estas traducciones coinciden perfectamente con las prohibiciones rabínicas que tenían los judíos en relación a los forasteros.

b) *La herencia cultural que nos “separa” del otro y el ser cristiano que nos “une” al otro...*

Estos cuatro conceptos: inmundicia, ilegalidad, prohibición de contactar la persona y prohibición de entrar en la casa del otro, nos prueban que para Pedro, como judío, existían barreras mentales infranqueables para relacionarse con otros grupos étnicos distintos al grupo judío. Esta lucha entre su cultura judía y la fraternidad universal cristiana, tenía que resolverse de alguna manera.

c) *La “inmundicia” está en la propia casa”...*

En su primera carta, Pedro nos da testimonio del recorrido que hay que hacer hasta llegar a madurar en el interior el imperativo del amor: “Ustedes han purificado sus almas... hasta amarse los unos a los otros sinceramente como hermanos. Ámense intensamente unos a otros con corazón puro”... (1 Pe 1,22). Aquí Pedro demuestra haber dado ya el gran salto. Ya está convencido de que “el inmundo” no es el otro, sino él mismo, los mismos judeo-cristianos y todo aquel que se cree ser de cultura superior. Sólo quien se purifique de esta falsa creencia da el paso hacia el amor universal. Si confrontamos este texto de Pedro con el principio de su carrera apostólica, vemos con cuánta razón nos habla en sus cartas de que para llegar al amor universal hay que pasar por una gran purificación. Sin embargo, lo que sabemos, aún por el testimonio de nuestras propias vidas, es que Dios no espera ver al hombre del todo convertido para actuar con él. También el Espíritu de Dios tiene sus propios caminos, sopla donde quiere (Jn 3,8). Por eso, basta que Pedro esté en disposición de cambiar, aún con posibles fallas futuras (Gal 2,11-14), para que el Espíritu comience a actuar.

d) *El Espíritu Santo se anticipa en el reconocimiento de la cultura del otro.*

Es el Espíritu quien va a llevar a Pedro a que rompa con su mentalidad cerrada de judío legalista y orgulloso. El paso del cristianismo, identificado aún con la cultura judía, hacia un cristianismo abierto a todas las culturas, no es tanto mérito de Pedro como del mismo Espíritu Santo. Antes de que Pedro llegara a la casa de Cornelio, la casa del otro, de ese otro inmundo e ilegal, ya lo había hecho el Espíritu, que rompió con todos los principios de una falsa ley. Es sorprendente



ver la marcada acción del Espíritu en el libro de los Hechos de los Apóstoles, abriéndole camino a la iglesia hacia “la casa del otro”. El Espíritu no tiene barreras: toda casa será su morada (Hch 2,17-18)... Un grupo de judíos no puros reciben el Espíritu. Son los llamados “helenistas”, que habían vivido fuera de Palestina y que entraron en conflicto con los hebreos, los judíos autóctonos (Hch 6,3-5; 7,55)... Un eunuco africano, etíope por más señas, es evangelizado por la fuerza del Espíritu que guía al apóstol Felipe (Hch 8,29)... Un grupo de romanos de la casa del centurión Cornelio son ungidos por Dios con el Espíritu (Hch 10,44.45.47; 11,12.15.16)... En un grupo de ciudadanos de Antioquía también se hace presente el Espíritu (Hch 15,8.28; 16,6). Un grupo de efesios, ya convertidos en pastores de su iglesia, reciben la acción del Espíritu (Hch 20,28)...

e) *El mismo Dios aceleró el proceso cultural de la iglesia...*

Es decir, Dios no solamente desea que todo grupo cultural distinto sea objeto de respeto, de amor, de valoración, sino que lo hace posible, casi diríamos que lo acelera, ayudando con su presencia sorpresiva a que el hombre se resuelva a entrar sin prejuicios y de una manera definitiva a la casa del otro. Cuando Pedro supere el miedo y la repugnancia mental de entrar en la casa del ilegal y del inmundo, la pequeña iglesia que apenas comienza, habrá dado la mejor definición de inserción y nos habrá recordado nuestro gran desafío como iglesia local: saber entrar a la casa del indio, lo mismo que a la casa del negro.

f) *Jesús respetó y valoró la cultura del otro...*

Cuando Jesús llamó a la gente a su seguimiento, no la despersonalizó, no la “desculturizó”, por el contrario, consideró parte de su Evangelio que el hombre se diera cuenta de que su desprendimiento exterior e interior de cosas no significaba desprendimiento de su cultura. Recordemos la pequeña parábola del escriba convertido: “...*Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una cosa, el cual saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo*” (Mt 13,52). Aquí vemos cómo Jesús reconoce la riqueza cultural del escriba: Éste es el “dueño de una casa”. Si su cultura es su casa, él es el dueño de ella y de ella puede sacar cosas variadas cuando quiera, sencillamente porque las tiene. Jesús no quiere en su iglesia monólogos culturales. Lo que busca es un diálogo que enriquezca. La perfecta evangelización debe seguir siendo un diálogo de saberes: el saber eterno y divino del evangelio, con el saber temporal y humano del hombre, para formar la realidad que Dios quiere: una prolongada encarnación de su hijo en la historia de los seres humanos. También el indio más



indio y el negro más negro son dueños de su propia casa, con cuyo respectivo contenido puede aparecer, cada vez más bello, el rostro del Cristo indígena y el rostro del Cristo negro.

4. CUARTA RAZÓN: EL SAGRADO MUNDO SIMBÓLICO DE CADA CULTURA

4.1 Planteamiento:

Cada cultura tiene su propio mundo simbólico, a través del cual conoce y se deja conocer. Las culturas establecen sus relaciones a través de su propio mundo simbólico. No tiene otra forma para relacionarse con Dios, con el mundo espiritual, con los otros seres humanos y con el resto de la creación, que su propio mundo simbólico cultural. En la medida en que una religión, en sus procesos de evangelización, no tenga en cuenta la especificidad de los esquemas mentales de las culturas que evangeliza, en esa misma medida su evangelización es superficial y sus grandes conceptos religiosos no permean la cultura evangelizada. Por no haber tenido en cuenta suficientemente este proceso cultural, la religión pierde incidencia en la vida del otro y, por lo mismo, va perdiendo también autoridad y genuinidad. Y la cultura evangelizada, al sentirse marginada, va haciendo procesos híbridos, para darle contentillo a quienes la evangelizan.

4.2 Definición y valor del símbolo

Como punto de partida, definamos qué es símbolo, para que después podamos ver su aplicación o sus consecuencias. Podemos definir símbolo como

“el acontecimiento que se genera, cuando los signos o expresiones exteriores de la cultura logran revelar el mundo interior oculto e indecible de las personas o de los grupos que pertenecen a dicha cultura”.

a) El símbolo, momento cumbre de la cultura.

Por lo mismo, símbolo no es sólo aquello que vemos en la otra cultura, sino también aquello que descubrimos a través de la exterioridad llamativa del acto cultural. El símbolo sólo acontece cuando estos dos elementos (el exterior y el interior) se combinan y se unen. Es el momento cumbre de la cultura, cuando nuestros sentidos quedan fascinados por lo exterior y cuando nuestra conciencia queda en éxtasis porque logró comprender el mensaje o contenido del acto



exterior. Más aún: en el acto simbólico acontece ese misterio o sacramento por el cual los esquemas mentales de las personas y de los grupos humanos se revelan a otros y al mismo tiempo se dejan poseer por ellos.

b) El símbolo, meta ideal que hay que alcanzar frente a las expresiones culturales.

La cultura queda constituida así en la puerta de entrada al interior de la conciencia, de la mente, de la razón, del espíritu y del alma de una cultura. Los actos culturales son los momentos en que una cultura da permiso para que se entre en ella. Si se trata de una persona nativa, la cultura deja salir su mundo, sus actos de opresión y de liberación. Por eso la cultura lo sana, le da salida a todas aquellas cosas y circunstancias que pueden enfermar, cuando se quedan encerradas... Y si se trata de un forastero, los actos exteriores culturales le permiten irse adentrando en la cultura del otro, irlo conociendo, irse acercando con más confianza y más respeto al mundo sagrado del otro...

c) Nuestra incapacidad de preguntarnos y de responder ante las expresiones culturales del otro, limita nuestra valoración de su cultura.

Muchas veces tenemos ojos para lo atractivo de la cultura: su música, su danza, sus expresiones corporales, su teatro, su poesía, sus relatos, sus artesanías, y sin embargo no tenemos la capacidad de penetrar el significado de dichos actos. Acontece que ni siquiera nos preguntamos qué significa ese acto determinado que exteriormente nos agrada o nos desagrada... Cada vez que nos negamos a penetrar en el significado de los rituales externos, nos quedamos sólo con la ritualidad exterior, hacemos un acto folclórico, pero no llegamos a consumir un acto simbólico. Hacemos una aprobación superficial o una condenación injusta. Ninguna de las dos es aconsejable.

d) Insistimos: el símbolo no es algo exterior al ser humano,

no es aquello que él ve y que lo afecta positiva o negativamente, sino aquello a través de lo cual ve, penetra en el mundo interior del otro, y descubre las razones por las cuales lo de la otra cultura le agrada o desagrada. El símbolo utiliza como marco de referencia, los esquemas mentales personales y sociales que el ser humano ha ido construyendo a lo largo de su propia historia. Estos esquemas mentales son los filtros a través de los cuales pasa todo lo que entra



a la conciencia y sale de la misma. Estos filtros van construyendo todo lo que constituye el modo de pensar y de obrar de una cultura. Las personas y los grupos tienen la capacidad de construir y de deconstruir permanentemente estos esquemas mentales simbólicos. Por eso la cultura es algo dinámico, nunca estático, al mismo tiempo que ofrece, también acepta; y al mismo tiempo que da, también recibe. Lo que nunca debe ocurrir es que, por ignorar lo que es el símbolo cultural, agresivamente asaltemos los esquemas mentales de los otros, los modifiquemos a nuestro antojo, los pervirtamos, o hasta lleguemos a destruirlos...

4.3 Clarificaciones sobre el símbolo

a) Las expresiones culturales, aunque están destinadas a producir el símbolo, por sí mismas no lo generan.

Quien se acerca a una cultura, por el hecho de ver y admirar sus expresiones no realiza lo más importante de la misma: el acto simbólico cultural. Éste sólo sucede cuando quien observa se hace esta pregunta y la responde: ¿Qué hay detrás de determinada expresión cultural que me fascina o que me repugna? El nativo, que siente lo que significa determinado acto cultural, goza espontáneamente con él, porque sabe su significado. Su cuerpo lo siente y por eso lo expresa con fascinación, y su espíritu lo vive y por eso lo convierte en sacramento. Por eso sale satisfecho del mismo, por eso a veces quiere repetirlo y por eso lo defiende y lo asume como elemento de afirmación de identidad y de resistencia. Quien no es nativo tendrá siempre el peligro de quedarse sólo con la exterioridad y convertir la cultura en folclore o en turismo. Y quien quiera ir más allá de la diversión y de una simple oferta de mercado, tendrá que hacer el esfuerzo de responder esa pregunta de la que hablamos hace un momento: ¿Qué es lo que esconde y, por lo mismo, qué es lo que quiere revelar esa expresión cultural que emociona o que repugna?

b) El símbolo tiene la capacidad de hacer comprender tanto lo que agrada como lo que desagrada en las culturas.

Todo acto cultural arrastra en sus expresiones el mundo interior de quien hace dicho acto. Y este mundo interior está compuesto por el inmenso depósito del inconsciente, lugar en donde se acumulan tanto los actos de opresión como los de liberación, los sentimientos más suaves y tiernos, como las indignaciones y las rabias más agudas. El mundo del inconsciente es ese maremagnum revuelto de



las cosas más contradictorias: lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo correcto y lo incorrecto, lo loable y lo vituperable... Pero, el encargado de discernir este mundo cultural contradictorio que revela el inconsciente histórico, no es precisamente el forastero, sino el mismo nativo, dentro de los procesos que su misma cultura le facilita. Los métodos que las mismas culturas más utilizan para purificarse es el crear contra-símbolos que lleven a las personas a palpar valores con una justicia mayor, con una verdad mayor, con una humanización mayor... El estar abierto a algo “mayor” es lo que les permite a las culturas renovarse...

c) *El hecho simbólico no sólo pertenece a las personas, sino también a los grupos.*

Lo que hemos dicho del esquema mental simbólico personal, lo debemos decir, en proporción, del esquema mental simbólico grupal. Éste existe, así como existe esa fuerza invisible que une a los integrantes de un grupo. ¿Qué es, si no, lo que hace que un grupo determinado tenga afinidad en gustos y repugnancias, en su modo de ver la realidad y de reaccionar frente a ella, en sus esperanzas y luchas, en su modo de expresarse verbal y corporalmente, en la forma de relacionarse, en los principios que los gobiernan, en sus procesos de socialización, en una palabra, en la relaciones económicas, políticas e ideológicas que establecen? Todo ser humano, todo grupo tiene un esquema mental simbólico propio. Esto es lo que a cada uno lo hace ser distinto al otro, lo que hace que lo que tiene sentido para un grupo no lo tenga para otro, que lo que es inteligible, agradable, bello, gustoso para uno no lo sea para los otros. Nunca un grupo humano es inferior frente a otro. Es sencillamente distinto, porque ambos tienen un esquema simbólico distinto que los hace percibir la realidad de una manera única y propia. Por eso el indígena y el afrodescendiente deben ser no sólo respetados, sino valorados; lo exige así su propio mundo simbólico, tan desconocido, tan desvalorizado, tan ridiculizado y a veces tan despreciado por las culturas mestizas.

d) *La vivencia del símbolo, el mejor antídoto contra los racismos.*

Lo anterior nos debería dejar claro, hasta la saciedad, cómo las diferencias que existen de un grupo a otro no son por incapacidad o inferioridad de uno de ellos, sino por la lógica consecuencia de tener un esquema simbólico diferente. Y la diferencia, el ser diferente, no es nunca minusvalía o incapacidad, sino todo lo contrario: es poseer un valor, una forma de ser que el otro no tiene y que en cualquier momento histórico se puede revelar como liberador. El problema de los grupos hegemónicos es que tienen la tendencia de medir a los demás desde



unos principios o valores que terminan siendo el paradigma con el cual se juzga a los demás, negándole valor a lo que no coincide con lo suyo. Recordemos que este es el fundamento de todo racismo. Por eso, una minoría étnica lleva casi siempre las de perder en la dinámica de confrontación por la que todos los grupos pasan. Sólo ahondando en la realidad del símbolo, llegamos a comprender el valor y la dignidad de todos los grupos. Esto es más urgente en relación con las etnias minoritarias, cuyo esquema simbólico ordinariamente se nos escapa, o queda fuera de nuestro alcance.

5. EL PAPEL DE LAS IGLESIAS FRENTE AL HECHO SIMBÓLICO DE LAS CULTURAS

Para una iglesia local, configurada por grupos étnicos minoritarios que poseen un esquema simbólico mental propio, el único camino es una pastoral específica de minorías étnicas. De otra manera, la pastoral no sólo nunca daría respuesta adecuada al pueblo que tiene delante, sino que provocaría una división profunda entre lo que el pueblo es y lo que le hacen vivir en nombre de Dios, autor por otra parte de lo que la pastoral desprecia o descuida. Por todo esto, vale la pena que tengamos en cuenta las observaciones siguientes:

1. Si se quiere conocer el esquema simbólico de un grupo, no hay más remedio que *conocer la historia* del mismo. Lo primero es fruto de lo segundo. Pero, al mismo tiempo, si se quiere conocer qué clase de historia ha vivido un grupo, hay que ahondar en el esquema simbólico del mismo. Este es, al mismo tiempo, efecto y causa de la historia. Si en la pastoral desconocemos la historia del grupo, no es posible que seamos acertados en las propuestas que le hagamos.
2. Puesto que el esquema simbólico es el punto clave para saber qué visión tiene un grupo de la realidad y cómo reacciona frente a ella, quienes manejan la economía, la política y la ideología de la sociedad tratan de *controlar el mundo simbólico de los grupos* a través del control de la educación formal, de los medios de comunicación y de la religión, cuando ésta se pone a su servicio. Así mantienen el statu quo de la sociedad y refuerzan su poder. Por eso, es necesario que recordemos la responsabilidad que nos corresponde frente a los grupos económicos, políticos e ideológicos, para no claudicar frente a ellos por intereses, y para que no nos convirtamos en idiotas útiles de sus proyectos.



3. Muchos de nuestros grupos étnicos minoritarios, en razón de su esquema mental simbólico *precapitalista*, se constituyen en algo incómodo y a veces hasta en amenaza para el sistema oficial capitalista. Este sistema, con base en su lógica, suele marginar y excluir a los grupos que no le caminan, y los castigan abandonándolos, o privándolos de aquello que necesitan para vivir: la tierra y los recursos naturales de los que saca el sustento. Recordemos esta frase de reciente uso: “La tierra hay que dársela al que mejor la trabajarla”, pensando que quien mejor la trabaja es el capitalista. Esta es la forma más elegante y más perversa de asesinar una cultura. Aquí se necesita que las iglesias sean claras en su posición política y económica.
4. Otra forma de controlar a los grupos étnicos frente al cuestionamiento e incomodidad que le causan a la simbología del grupo dominante, es mantenerlos como *piezas de museo*, con una atención de conservación útil para el turismo, pero no con una atención de crecimiento y de expansión humanizadores como requiere su dignidad humana. Los procesos simbólicos culturales populares que incorporamos a nuestras estructuras religiosas deben ser concientizadores, para que no se conviertan en una exposición folclórica más.
5. En la conformación del esquema simbólico personal y grupal, *influye la sociedad que nos rodea*. Por eso cada persona y cada grupo reproducen en sí mismos el modelo de sociedad reinante. Los grupos étnicos minoritarios, en cierta forma alternativos de esa sociedad hegemónica, cada vez son más vulnerables a su influencia y son paulatinamente absorbidos por el capitalismo en lo económico, por la corrupción en lo político y por los modelos alienantes de educación formal, que terminarán dominando su esquema mental simbólico y pervirtiendo su cultura. Las iglesias deberían retomar su papel educativo y convertirse en avanzada en sus métodos y propuestas en los que se asuman los esquemas simbólicos de las culturas minoritarias a las cuales trata de educar.
6. La propia *libertad* ocupa también un papel importante en la creación y recreación de los símbolos. Así como a veces respalda la creación de símbolos alienantes, también sigue siendo, por ley de supervivencia, una alternativa en el refuerzo de lo propio y en la rebeldía contra lo que lo explota, oprime y aliena. En la historia de las minorías étnicas, su libertad ha sido fuente permanente de *resistencia*. Sólo en la medida en que trabajemos para que el pueblo tenga su conciencia libre de quienes buscan incorrectamente su



apoyo político, encontraremos un pueblo con conciencia sana y dispuesta a crear *símbolos de rebeldía* contra la injusticia. Es un deber sagrado para las iglesias alimentar la rebeldía del pueblo que aparece en muchas de sus expresiones simbólicas.

7. La historia revela que en el interior de las personas y los grupos ha existido siempre una energía espiritual que anima, orienta y está disponible como fuerza que impulsa a una mayor humanización. Se trata de la *inhabitación de Dios* en todas las criaturas. Esta energía divina no está sometida a los vaivenes humanos que deshumanizan. Ella puede crecer en el interior, si la libertad humana le abre campo, convirtiéndose así en una fuente permanente de creación y recreación de símbolos de humanización, de libertad y de alimento de la sana rebeldía y resistencia que con frecuencia se necesitan para no morir, para no dejarse asesinar. Nos corresponde como iglesias hacer más y más conscientes a las culturas minoritarias de esta inhabitación de Dios en ellas, razón suprema para que nosotros mismos las valoremos más, las respetemos más, dialoguemos más y, sobre todo, para que no tomemos ninguna posición superior frente a ellas.
8. La religión, por ser la *institucionalización de las experiencias humanizadoras* que de Dios tiene el ser humano, es un elemento importante en la creación de expresiones simbólicas que alimentan las luchas de liberación de los pueblos. Pero, sobre todo, si quiere ser una verdadera religión que institucionalice valores, debe hacer que el *pueblo manifieste su verdadero rostro* y sus múltiples símbolos liberadores en dicha institucionalización. No olvidemos que siempre que se nos olvida este genuino camino de hacer iglesia, corremos el peligro de unirnos al grupo o grupos hegemónicos, a su modelo de sociedad, a su sistema de economía y de organización política y a su ideología, convirtiéndonos así en una institución alienadora.
9. Los símbolos y el esquema simbólico del ser humano varían. Cada generación los recrea, cada acontecimiento de opresión o liberación los modifica y las fuentes principales creadoras de símbolos -sociedad y libertad- nunca son fijas. Ellas se mueven con la vida. Lo que se *envejece*, lo que no tiene capacidad de convocación o llamada, lo que va mezclado de intereses personales, lo que no responde a sus necesidades concretas, lo que no da respuesta a los anhelos y luchas del pueblo, simplemente es *abandonado* por éste. Hay *iglesias que languidecen*, sencillamente porque no son respuesta de liberación.



10. En ciertos ambientes se suele ridiculizar o tachar de racista la atención que se le da al *color de la piel* de nuestras minorías étnicas indígena y afrodescendiente. Esta actitud desconoce lo que un estudio del símbolo podría decir al respecto. Debemos tener presente que la cultura dominante busca expresiones simbólicas para identificar con desprecio a las culturas que ella juzga inferiores. La piel ha sido utilizada inmisericordemente y muchas veces sin conocer siquiera a las personas, como identificación de pertenencia a una cultura inferior. Ya hemos citado la frase: “ahí viene un indio ignorante y un negro asqueroso... ¡Qué se han creído esos indios y negros del Chocó!...” Hay personas que creen que hacer pastoral de minorías étnicas es hacer racismo al revés, porque creen que esta pastoral toma el pigmento de la piel -ciertamente un accidente cultural- como base de su trabajo. No hay nada más falso. Lo que verdaderamente le importa a la pastoral de minorías étnicas es el mundo simbólico de las culturas. Pero no por esto nos podemos olvidar de que en este mundo simbólico el color de la piel ha quedado marcado, por cuenta de los opresores, en el inconsciente de los oprimidos, con todo el dolor y la humillación que ello ha significado, a lo largo de la historia. El contra símbolo que crea la cultura humillada es el de valorar lo que el opresor desprecia. Por eso sigue siendo un orgullo y una señal de identidad, sentirse afrodescendiente o indígena en la piel y en lo más hondo de la conciencia, allí donde se redimen los procesos históricos de opresión. Llamar a la pastoral de minorías, pastoral racista, es desconocer el abecé de los procesos simbólicos culturales.

CONCLUSIÓN

Frente a las etnias minoritarias que conforman nuestra iglesia, indígena y negra, frente al etnocidio que significan para ellas los Planes de Desarrollo del Pacífico, frente al desconocimiento que ordinariamente se hace de su situación y hasta de sus personas, frente a tantas amenazas de muerte que las rodea, frente a su pobreza y su miseria, frente al abandono en el que las ha dejado el Estado, frente a tantos intentos de destruir su cultura atacando su mundo simbólico y, sobre todo, frente a sus esperanzas y sus luchas, creemos que lo más honesto que puede hacer nuestra iglesia, es animar y crear una pastoral de minorías étnicas que sea evangélica en sus contenidos, que tenga claridad en sus objetivos y tenga al mismo pueblo no sólo como sujeto de evangelización, sino como agente de la misma.

Antes de despedirnos, respondamos honestamente esta pregunta: ¿Qué papel juega la “inculturación” frente a la pastoral de las culturas? Mucho se está



discutiendo hoy cuál es el camino más apto para una pastoral de las minorías étnicas. Durante muchos años creímos que era la Inculturación y muchos de nosotros le apostamos con ilusión a la misma. Sin embargo, lo que nos ha venido diciendo la historia es que esta inculturación cada vez se demuestra más débil, pues sus tres grandes metas son imposibles de cumplir:

- a) Asumir, por parte del evangelizador, la cultura del evangelizado.
- b) Asumir, por parte del evangelizado, los principios del Evangelio traídos por el evangelizador.
- c) Dar por sentado que la cultura quedará renovada por el Evangelio.

Frente a estos tres elementos se hace un cúmulo tan grande de interrogantes cuya respuesta manifiesta la debilidad de la inculturación y la señal de que seguir navegando por aquí no lleva a ninguna parte; sólo mantiene una ilusión de evangelización. Veamos: ¿Es necesario, para que haya evangelización, que el evangelizador asuma la cultura del pueblo evangelizado donde llega? Cuando esto no se ha hecho, ¿queda mal realizada la evangelización? ¿Es posible que un evangelizador asuma en todos los aspectos una cultura que no es la suya? ¿El Evangelio ofrecido, está libre de las limitaciones de la cultura en que fue escrito, o de la cultura del que lo está ofreciendo en determinado momento histórico? ¿Por qué olvidar que el Evangelio que anunció Jesús ya no nos llega en estado puro, sino mediatizado por la cultura de sus redactores, por las culturas de sus hermeneutas a lo largo de la historia y, por último, por la cultura del último evangelizador que lo presenta? Y, en cuanto a la cultura que queda reprogramada por el Evangelio: ¿No hay aquí el peligro de imponer principios que no siempre son evangélicos, como si lo fueran? ¿No se está queriendo imponer la religiosidad del evangelizador más que las verdades del Evangelio? ¿Se puede aceptar, a ciegas, que las verdades relativas de una religión primen a toda costa sobre las verdades históricas de una cultura? Cuando pensamos en que una cultura queda renovada, ¿pensamos realmente en los valores netamente evangélicos, o en los valores que la religión del evangelizador presenta? Estas preguntas necesitan sus propias respuestas. Por eso el tema de la Inculturación merece el estudio profundo de un nuevo encuentro.

La gran conclusión: el mundo simbólico de las culturas minoritarias sólo quedará suficientemente atendido y valorado, cuando nos propongamos una *pastoral de la interculturalidad*. La interculturalidad nos lleva a dar un paso de madurez en la evangelización. Es la posición de la cultura evangelizadora que respeta a las otras culturas, que las considera iguales en dignidad, que valora sus verdades,



que no se cree superior a las otras ni en historia, ni en verdades, ni en símbolos. Y por considerar al otro con valores que también vienen de Dios, está abierto al diálogo de saberes y al respeto mutuo. Gracias a Dios este tema será tratado en esta misma asamblea con mayor profundidad.

Sólo recordemos esto: al buscar las razones que desde la Biblia y la antropología justifican la pastoral de minorías étnicas, debemos buscar la mediación que la haga posible. Sólo una reflexión sincera, evangélica, valiente, nos permitirá llegar a la conclusión de mayor verdad: ¿Será la pastoral de la Inculturación? ¿Será la pastoral de la Interculturalidad? La búsqueda honesta de todos los presentes tiene la respuesta.